

El mercader de Venecia

The Merchant of Venice, 2004

FICHA TÉCNICA

EE.UU., 2004

Director: Michael Radford

Guión: Michael Radford según la obra de William Shakespeare

Fotografía: Benoit Delhomme

Música: Jocelyn Pook

Duración: 138 minutos

FICHA ARTÍSTICA

Shylock: **Al Pacino**

Antonio: **Jeremy Irons**

Bassanio: **Joseph Fiennes**

Portia: **Lynn Collins**

Jessica: **Zuleikha Robinson**

Gratiano: **Kris Marshall**

Lorenzo: **Charlie Cox**



De todas las grandes comedias (aunque llamarle sólo comedia a este drama disfrazado de tal es tal vez quedarse corto, o no ser preciso) shakespearianas, probablemente la que menos ha seducido al cine hasta la fecha sea justamente este *El mercader de Venecia* tan ambiguo, tan esquinado, en ocasiones tan arbitrario. No abundan en la, por otra parte, interminable nómina de adaptaciones cinematográficas de la obra del de Stratford-on-Avon las visitaciones a esta peripecia, y probablemente no sea ajeno a ello el hecho de que su abrumador tono antisemita la haya hecho desaconsejable para espectadores masivos, aunque, *noblesse oblige*, hay que reconocerle a Shakespeare la grandeza de poner en boca de su inquietante, vengativo judío Shylock ese hermoso parlamento de la primera escena del tercer acto en el que reclama su derecho a la venganza: "¿No nos morimos si nos envenenan? ¿No habremos de vengarnos, por fin, si nos ofenden?", algo así como la justificación de su proceder.

Aunque tal vez las razones de dicha ausencia también estén en la naturaleza del conflicto que la obra propone, en la peculiar melancolía de uno de sus polos dramáticos, el inmenso personaje de Antonio (en el filme, un brillante Jeremy Irons), tan aparentemente alejada del envoltorio de comedia del conjunto; o, en fin, en algunas soluciones argumentales (las secuencias de la elección de cofres por parte de los pretendientes de Portia, que lucen en la pantalla tan insoportablemente estiradas) muy por debajo de la brillantez de otras, como la genial escena del juicio y la actuación de la misma Portia travestida de joven abogado paduano.

Pero aun cuando cuenta con estas cortapisas, lo cierto es que Michael Radford ha sabido construir una cuidadosa versión de impecable tersura, en ocasiones deudora de un cierto pictoricismo (hay muchas secuencias

de interiores que se dirían auténticos cuadros animados), pero en general filológicamente primorosa, rodada en los escenarios venecianos evocados por Shakespeare y situada su acción en la misma época de la historia, en 1596. Tiene además la virtud de proponer, en la línea impuesta en el teatro por Laurence Olivier, un Shylock que es mucho más que el espíritu de la venganza para convertirlo también en el dolorido, humillado miembro de una minoría oprimida, a pesar de su poderío económico; y en un padre destrozado por lo que considera la traición de su hija. Y si Irons está magistral en su dolido, melancólica caracterización de Antonio, Pacino no le va a la zaga y borda un Shylock casi en sordina, que apenas grita ni gesticula, uno de esos papeles que quedarán por largo tiempo en las retinas de los espectadores.

[M. Torreiro. Diario 'El País'. Septiembre 2005]

Michael Radford es un buen director y un hombre sensato: en los últimos años, Kenneth Branagh, Richard Loncraine, Michael Hoffman, Don Boyd y Michael Almereyda, entre otros cineastas, han adaptado obras de Shakespeare respetando más o menos los textos originales pero trasladándolas a tiempos más cercanos, cuando no actuales, y dándoles un tratamiento narrativo, con lo que las licencias que convenimos aceptar en el teatro resultan inverosímiles y enfáticas en la pantalla, además de aún más artificiosas.

Por el contrario, ha hecho una versión ortodoxa de 'El mercader de Venecia', respetando su teatralidad y aprovechando los recursos de una gran producción de cine para hacer más espectacular la representación y contar con un reparto idóneo.

Lo que no equivale a inmovilismo, ya que ha introducido aspectos que hacen el texto más accesible al

espectador actual: con la denuncia del antisemitismo (la acción sigue situada en el XVI, pero el problema se agravó en el XX), dando a Shylock (Pacino, excelente) una dimensión trágica y no sólo vengativa, y mostrando explícitamente la homosexualidad de Antonio (Irons, contenido) y Bassanio (Fiennes, endeble), que explica su relación. Además, alterna con eficacia la historia dramática con la comedia romántica de enredo.

[Alberto Bermejo. Diario 'El Mundo'. Septiembre 2005]

A diferencia de la obra de otros titanes literarios, de más difícil aclimatación, el texto shakesperiano se revela infinitamente elástico, al ser capaz de sobrevivir a todo tipo de versiones, perversiones y actualizaciones. Pero dentro del canon cinematográfico (pues de adaptaciones al cine hablamos), *'El mercader de Venecia'* ocupa un lugar especial al tratarse de una obra prácticamente inédita en la pantalla, por lo que queda excluida la posibilidad de ensayar variaciones sobre versiones anteriores. La razón del tabú establecido sobre una obra por lo demás tan 'fotogénica' como ésta hay que buscarla en uno de sus personajes, de quien se explicita su condición de usurero y de judío. Shylock no es una mera caricatura étnica, ni mucho menos, porque Shakespeare le convierte en uno de los protagonistas, le da uno de sus famosos monólogos (el que contiene la célebre frase "Si nos pinchan, ¿acaso no sangramos?") y le da también sus razones, lo que le humaniza pese a su insistencia en cobrarse la deuda que tiene con él el cristiano Antonio con "una libra de carne".

El Shylock de Al Pacino, cansado, no necesariamente simpático y progresivamente despojado de todo, incluso de la "justicia" que solicita del tribunal, es una gran creación, creemos, y estaríamos seguros si no hubiéramos tenido la desdicha de ver una versión doblada con la voz "padrinería" del actor. Del resto del reparto cabe destacar a Jeremy Irons, cuya tristeza congénita se aviene bien con el deseo frustrado de su personaje por el de Joseph Fiennes, que a su vez desea (o quizás sólo quiere dar un bragüetazo) a la bella Porcia de Lynn Collins. La parte de comedia que representan estos personajes jóvenes no encaja del todo con la gravedad de Shylock y Antonio, pero quizá no sea culpa del director, Michael Radford, sino del "zapping" genérico del original. Radford se limitan a hacer una adaptación respetuosa, sin las audacias de Branagh o McKellen, y a sacar el mejor partido a los decorados naturales de Venecia, que no es poco.

[Antonio Weinrichter. Diario 'ABC'. Septiembre 2005]

Shakespeare lo admite todo: sus piezas pueden ser trasladadas de época y lugar; ambientadas en escenarios desnudos o vestidas con los ropajes históricos que se prefieran; recreadas con respetuosa fidelidad a la letra o adaptadas a un lenguaje más actual. Admiten también, como ha hecho en este caso Michael Radford, que se las devuelva, digamos, a su lugar de origen, y que se intente reconstruir a su alrededor el contexto histórico social en que la acción transcurre. Shakespeare puede sobrevivir a esas operaciones (en general, accesorias: por muy diversa que sea la circunstancia histórica en que se los instale, Hamlet o Macbeth u Otelos son siempre nuestros contemporáneos) por la misma razón que suele ser tan difícil traducir a sus personajes en toda su riqueza: la certera profundidad de los retratos, su humana complejidad.

A la de Shylock, que es el gran personaje de "El mercader de Venecia" -el judío prestamista que exige la famosa libra de carne como garantía del préstamo a un cristiano que lo denigró y del que espera vengarse-, concurren la frustración y el ánimo de desquite, la humillación y el resentimiento, la desesperación y la crueldad. Esa complejidad explica, por un lado, la fascinación que el personaje suele ejercer sobre los actores, y por otro, la perdurabilidad de la polémica sobre el presunto antisemitismo de la pieza. Una cuestión ríspida determinante de que, a diferencia de otras obras shakespearianas, ésta sólo haya merecido unas pocas versiones en la época del cine mudo (Méliès incluido) y sólo una en el sonoro: la mediocre producción franco-italiana que Michel Simon protagonizó en 1952.

Radford asume el riesgo, pero atiende la circunstancia histórica haciendo hincapié en la persecución antisemita de fines del siglo XVI: una leyenda colocada al comienzo y un prólogo ambientado en el gueto anticipan la voluntad de equiparar la situación de Shylock a la de cualquier minoría discriminada (quizá sin otra intención que la didáctica: ya expresa lo suficiente y con mayor elocuencia el célebre monólogo final en que el personaje se rebela contra la marginación sufrida por su gente).

La voluntad de contextualizar la historia va más allá: Venecia entera con sus canales y palacios ofrece su marco deslumbrante. La lectura prolija, aunque no brillante, del original permite que el texto, con su perturbadora ambigüedad, haga lo demás. [...]

[Fernando López. Diario 'La Nación'. Septiembre 2005]